

V. Blasco Ibáñez  
*El Evangelio del Amor*  
(*El Imparcial* [Puerto Rico], 12-2-1923)

¿Lo que pienso de la novela de Gómez-Carrillo *El Evangelio del Amor...*? Sencillamente, que es una obra admirable. Por lo demás, yo he elogiado siempre con un fervor sincero todo lo que este escritor que, para mí es un hermano, ha publicado, con lo que se demuestra que los elogios no son siempre un *brevet de ressemblance*, según dice Stendhal, ya que nada está tan lejos de mi manera de comprender, o más bien de practicar, la literatura como la suya. Él dice de mí que soy una fuerza de la naturaleza.

En efecto, es, en el mar, en la montaña, en la eterna tempestad de las pasiones humanas donde yo encuentro, casi sin buscarlas, las fuentes de mi inspiración y de mi trabajo. Él, por el contrario, dijérase que vive siempre en un jardín, que es a veces el de Epicuro, a veces el de Academos y a veces también el huerto de un emir nostálgico o el parque misterioso en que los fantasmas de las grandes enamoradas perturban el alma cándida y tortuosa de los ascetas. Allí sueña armoniosamente, observando las flores raras con ojos de miniaturista persa y reconstruyendo, con las columnas dispersas que se miran en los estanques, palacios o alcázares, en donde la voluptuosidad y la inquietud se mezclan para crear una atmósfera embriagadora.

\*\*\*

Hasta ahora, era en sus crónicas y en sus libros de viajes en los que yo había saboreado los ritmos de su espíritu. Pero su naturaleza es de un carácter tan lírico, que hasta cuando pinta paisajes exóticos con pinceles que Emile Faguet encuentra superiores en ciertos casos a los de Pierre Loti, y cuando comenta los acontecimientos de la vida corriente, nos habla siempre de sí mismo, de sus íntimas melancolías, de sus entusiasmos, de sus amores, de sus ilusiones, de sus pesares, todo de una manera indirecta, pero transparente. Lo llaman en España y en la América española el Príncipe de los Cronistas. Y lo es. Mas es un príncipe sin súbditos, porque ninguno de los que caminan por senderos análogos al suyo parece de su misma raza. Sin quererlo, y tal vez sin saberlo, ha creado su género, mezclando en él sonrisas y exaltaciones, cordura y fantasía, matices y violencias, cultura e instinto, fervores e ironías, frivolidad y profundidad, todo ello envuelto y como velado en una forma exquisita, que comenzó por sorprender, casi puede decirse por chocar, a los puristas, pero que ha acabado por seducir aun a aquellos que no juran sino por Cervantes. «Es un escritor francés que se traduce a sí mismo en castellano», solía decir su amigo Rubén Darío. Algo

hay de esto, aunque en Francia también parece muy original y hasta raro, a pesar de su educación literaria puramente parisiense.

\*\*\*

Lo que podía parecer extraño, es que este artista perfecto, cuyas obras completas ocupan 25 volúmenes, no hubiera aún escrito una verdadera novela, teniendo las dotes más admirables para el cultivo de ese género. Y me siento orgulloso de decir que quien primero descubrió tales dotes fui yo.

A menudo le decía:

—Escriba usted novelas, que serán muy bellas.

Él me contestaba siempre:

—Soy incapaz de imaginar la menor cosa.

Afortunadamente se engañaba, como nos lo demuestra ahora el éxito muy merecido de *El Evangelio del Amor*, obra de la cual lo único que podrán decir ciertos críticos es que más bien es un poema. ¿Pero hay acaso alguna novela de primer orden que, desde cierto punto de vista, no sea un poema? Por lo demás, Maeterlinck ha escrito con exactitud: «Gómez Carrillo es, ante todo, un gran poeta en prisa». Lo que hay de poesía y de gran poesía en esas páginas no estorba para que la novela misma, en su esencia novelesca, sea interesante y hasta interesantísima. Porque esos personajes singulares, que otro hubiera podido convertir en abstracciones o en símbolos, ese Teófilo tan fuerte en su flaqueza resignada y esa Eudisia tan enternecedora en su abandono absoluto, forman una pareja que vive con magnífico relieve en la realidad de la pasión. «El universo del amor se ha enriquecido con dos criaturas inmortales», dice, hablando de ellos, el ilustre poeta Manuel Machado. Y yo creo, como él, que esas altas encarnaciones del amor en lo que este sentimiento tiene de más misterioso; de más irresistible, de más imprevisto, de más profundo y de más religioso, vivirán eternamente junto a los amantes más inolvidables en el mundo ideal de las figuras novelescas. ¡Y qué lección tan hermosa la que se desprende de esta obra profundamente cristiana! Desde este punto de vista, la novela de Gómez Carrillo es realmente un poema, un poema soberbio, iluminado por la luz del Oriente, perfumado por las flores sublimes de la leyenda mística, murmurante de preces y de confidencias, tembloroso de deseos y de escrúpulos, embellecido por el milagro de las caricias que embellecen, santificado por el holocausto del evangelista.

\*\*\*

Lo repito: me siento orgulloso por haber podido decidir a mi amigo a escribir esta obra perfecta, en la cual se encuentra concentrado y como quintaesenciado su arte tan fino y tan armonioso, su gusto tan puro, su maestría en las evocaciones históricas, que nunca empaña la pedantería; su

gracia delicadamente voluptuosa y hasta ese don peregrino de destilar siempre algo de la esencia de sus intimidades sentimentales, de la manera más discreta: y más translúcida, por la virtud de su lirismo.

Menton, diciembre de 1922